

—No hay de qué,—con una voz tan suave, que me forzó á ofrecerla una silla en la cual se sentó.

Era una muchacha sobre los veinte años, alta, derecha como una palmera, morena, con dos grandes ojos llenos de dulzura, brillantes y húmedos que parecia acabasen de derramar una lágrima; la cabellera negrísima y en ondas, con una rosa entre las trenzas. Parecia una de las vírgenes árabes de la tribu de los Usras, que hacian morir de amor.

Comenzó la conversacion ella misma.

—Usted es extranjero, me parece?

—Si.

—Francés?

—Italiano.

—Italiano? Paisano del Rey?

—Si.

—Le conoce V.?

—De vista.

Dicen que es un buen mozo.

Yo no contesté. Ella se echó á reir, y me preguntó:

—Qué mira V.?

Y continuando en su risa, escondió el pié que al sentarse habia puesto bien adelante para que yo lo viese. Oh! no hay mujer en aquel país que no sepa que los piecitos andaluces son famosos en el mundo.

Aproveché la ocasion, me meti en discurso sobre la fama de las mujeres de Andalucía, y le expresé mi admiracion con las palabras más calurosas de mi diccionario. Me dejó hablar mirando con mucha

atencion dentro de una hendidura de la mesa; luego alzó la cara y me preguntó:

—Y en Italia cómo son las mujeres?

—Oh! hermosas tambien en Italia.

—Pero... serán frias.

—Oh, no, ciertamente!—me apresuré á responder;—pero V. sabe... en cada pais las mujeres tienen un *no sé qué* que las diferencia de las de los demás paises; y entre todos los *no sé qué*, para un pobre viajero que todavia no tiene los cabellos blancos, el de las andaluzas es quizá el más peligroso de todos. Hay una palabra para expresar lo que pienso: si usted no la recuerda, se la diré; le diré: Señorita, usted es la andaluza más...

—Salada,—exclamó la muchacha cubriéndose la cara con las manos.

—Salada!... la andaluza más salada de Córdoba.

Salada: tal es la palabra que se usa comunmente en Andalucía para decir una mujer bella, graciosa, simpática, lánguida, ardiente, y todo lo que querais; una mujer con dos labios que están diciendo:—Bebedme,—y dos ojos que os obligan á morderos el lábio inferior.

La tia me trajo los huevos, las costillas, el chorizo y las naranjas, y la muchacha reanudó la conversacion.

—V. que es italiano habrá visto al Papa....

—No, y lo siento.

—Es posible? Un italiano que no ha visto al Papa! Y diga V.: por qué le hacen sufrir tanto los italianos?

—Sufrir? De qué modo?

—Toma! Dicen que lo han encerrado en su casa y que le tiran pedradas en las ventanas.

—Cá! no lo crea V.; no hay sombra de verdad, etc.

—Ha visto V. Venecia?

—Oh! Venecia sí.

—Es verdad que es una ciudad que sobrenada en el mar?

Y aquí me hizo mil instancias para que le describiese Venecia y le dijera cómo es la gente en aquella extraña ciudad, y qué hace todo el día y de qué manera va vestida. Mientras yo hablaba, además del esfuerzo que tenia que hacer para expresarme con un poco de donaire, y para mandar hácia abajo los huevos mal cocidos y el rebelde chorizo, habia de ver cómo ella se acercaba á mí poco á poco, acaso sin advertirlo, con objeto de oír mejor, tanto que me hacia sentir el olor de la rosa que llevaba en los cabellos y el calor de su aliento: debia yo, digo, hacer tres esfuerzos á un tiempo mismo; el uno con la cabeza, el otro con el estómago, y el tercero con todo; y amen de esto, oírle decir de cuando en cuando:—Qué bonito!—cumplimiento que se referia al Canal Grande, y que me causaba el efecto que causaria á un pordiosero una talega de doblones sonada y resonada bajo sus narices por un banquero impertinente.

—Ah! señorita,— dije por fin, comenzando á perder la paciencia;—¿qué vale que las ciudades sean hermosas, al cabo de la cuenta? El que ha nacido en ellas no se cuida de eso; y el viajero... tampoco. Yo llegué á Córdoba ayer; es una hermosa ciudad, no cabe duda; pues bien: ¿quiere V. creerlo? He olvida-

do ya todo lo que he visto, no tengo ganas de ver nada más, no sé siquiera en qué ciudad me encuentro. Palacios, mezquitas, me hacen reír. Cuando os hayan encendido en el alma un fuego que os consuma, ireis á apagarlo en la mezquita? Hágase V. un poco más allá, V. perdone. Cuando sintais un deseo que os haria triturar un plato con los dientes, ireis á contemplar los palacios? Créalo V. La vida del viajero es una triste vida. Es una penitencia de las más duras, un suplicio, un...

Un prudente golpe de abanico me cerró la boca que iba demasiado léjos con la palabra y con la acción. Ataqué la chuleta.

—Pobrecito!—murmuró la andaluza riendo, despues de haber echado una ojeada alrededor.—Son tan ardientes como V. todos los italianos?

—Qué sé yo! Son tan hermosas como V. todas las andaluzas?

La jóven extendió la mano sobre la mesa.

—Esconda V. esa mano,—le dije.

—Por qué?—preguntó ella.

—Porque quiero comer en paz.

—Coma V. con una mano sola.

—Ah!

Me pareció estrechar la manita de una niña de seis años; el cuchillo fué por tierra; un denso velo se extendió sobre la chuleta.

De pronto sentí mi mano vacía, abrí los ojos, vi á la jóven toda turbada, me volví hácia atrás. ¡Santo cielo! Era un pedazo de mozo con la chaquetilla ajustada, los calzones estrechos, sombrero pequeño

de terciopelo, ¡horror! un torero. Hice una mueca como si me hubieran clavado en el cuello dos banderillas de fuego.

—Comprendido!—dije entre mí, como aquel tal en la comedia *Moglie e Buoi*; y desafío á cualquiera á que no lo comprendiese.

La jóven, un poco embarazada, hizo la presentacion:

—Un italiano de paso por Córdoba,—y añadió apresuradamente:—que quisiera saber á qué hora sale el tren para Sevilla.

El torero, que al principio habia arrugado la frente, se tranquilizó con esto, me dijo la hora de salida, tomó asiento y entró amigablemente en conversacion conmigo. Yo le pedí noticias de la última corrida de Córdoba: era un banderillero; me contó con pelos y señales todos los lances de la funcion. Entre tanto la jóven cogia flores en las macetas del patio. Terminé mi almuerzo, ofrecí un vaso de Málaga al torero, brindé por la feliz colocacion de todas sus banderillas futuras, pagué el gasto (tres pesetas, incluso los bellos ojos, se entiende), y luego, haciendo de tripas corazon, para disipar hasta la sombra de una sospecha en el ánimo de mi temible rival, le dije á la jóven:

—Señorita, al que se marcha no se le niega nada; yo soy para V. como un moribundo; no volverá usted á verme más, no oirá V. nunca pronunciar mi nombre; por consiguiente puede V. dejarme un recuerdo: deme V. ese ramo de flores.

—Tómelo V.—me dijo la muchacha;—lo habia hecho para V.

Echó una ojeada al torero; el torero hizo un ademán de asentimiento.

—Le doy á V. gracias con toda la fuerza de mi corazón,—repliqué;—y me dispuse á salir.

Ambos me acompañaron hácia la puerta.

—Hay funciones de toros en Italia?—me preguntó el jóven.

—Oh Dios! no. No las tenemos todavía.

—Qué lástima! Procure V. ponerlas de moda tambien en Italia, y yo iré á banderillar á Roma.

—Haré todo lo posible. Señorita, para que pueda saludarla, tenga la bondad de decirme su nombre.

—Consuelo.

—Quede V. con Dios, Consuelo.

—Vaya V. con Dios, señor italiano.

Y tiré por una callecilla solitaria.

En los alrededores de Córdoba no hay notables monumentos árabes que ver; y sin embargo, todo el valle estuvo un tiempo sembrado de magníficos edificios. Una legua á lo lejos de la ciudad, camino del septentrion, sobre la falda de un monte, alzábase Medina Az-Zahra, la ciudad de las flores, una de las más maravillosas obras de arquitectura del califato de Adberraman III, ideada por el califa mismo en homenaje á una favorita suya de nombre Az-Zahra. Los cimientos fueron puestos el año 936, y diez mil obreros trabajaron allí durante veinticinco años. Los poetas árabes celebraron á Medina Az-Zahra como la mansion real más espléndida y el jardín más delicioso de la tierra. No era un edificio, sino un vastísimo conjunto de palacios, jardines,

patios, pórticos y torres. Allí plantas peregrinas traídas de la Siria; juegos fantásticos de fuentes altísimas; riachuelos flanqueados de palmeras, y grandes pilas llenas de mercurio que centelleaban bajo los rayos del sol como lagunas de fuego; puertas de ébano y de marfil cuajadas de pedrería; á millares las columnas de preciosísimos mármoles; grandes azoteas aéreas; y entre la multitud innumerable de las estátuas, doce animales de oro macizo cubiertos de perlas, que despedían por la boca y las narices aguas olorosas. Hormigueaban en aquel inmenso recreo millares de siervos, esclavos y mujeres, y á él corrían de todas partes del mundo los músicos y los poetas. Y sin embargo, este Abderraman III que vivió entre tantas delicias, que reinó la mitad de un siglo, que tuvo tamaño poderío, que fué glorioso y afortunado en todo lance y toda empresa, dejó escrito que durante su largo reinado no había sido feliz más que catorce días. Setenta y cuatro años despues de puesta la primera piedra, su fabulosa ciudad de las flores fué invadida y entrada á saco por una horda de bárbaros, y hoy no queda de ella más que unas cuantas piedras que apenas recuerdan el nombre. De otra magnífica ciudad llamada Zaira, que se elevaba al oriente de Córdoba, hecha construir por el poderoso Almanzor, gobernador del califato, no se conservan siquiera las ruinas: una turba de rebeldes la convirtió en cenizas poco despues de la muerte de su fundador.

En vez de visitar los alrededores de Córdoba, me dí á errar de un lado para otro *almanaqueando* sobre los nombres de las calles, que es para mí uno de los más sabrosos placeres que se puedan experimentar en cualquier ciudad desconocida. Córdoba, *alma ingeniorum parens*, podría poner á cada esquina de sus calles el nombre de un artista ó de un sabio ilustre nacido entre sus muros; y sea dicho en honor suyo, los ha recordado á todos con gratitud de madre. Allí encontráis la plaza de Séneca, y la casa (si es aquella) en que nació; la calle de Lucano; la calle de Ambrosio de Morales, el cronista de Carlos V, continuador de la *Crónica general de España* comenzada por Florian de Ocampo; la calle de Pablo de Céspedes, pintor, arquitecto, escultor, arqueólogo, autor de un poema didáctico: *El Arte de la Pintura*, desgraciadamente no concluido, lleno de asombrosas bellezas. Ardiendo en entusiasmo por Miguel Angel, cuyas obras habia admirado en Italia, consagróle en su poema un himno de elogio que es uno de los más hermosos trozos de la poesía española: mal grado mio se me escapan de la pluma los últimos versos, que todo italiano, áun sin conocer la lengua hermana, puede entender y sentir. No creas, dice al lector, que logres descubrir la perfeccion de la pintura en otra parte

«Que en aquella excelente obra espantosa
 Mayor de cuantas se han jamás pintado,
 Que hizo el Buonarrotta de su mano
 Divina, en el etrusco Vaticano!
 Cual nuevo Prometeo, en alto vuelo

Alzándose, extendió las alas tanto,
 Que puesto encima el estrellado cielo
 Una parte alcanzó del fuego santo;
 Con que tornando enriquecido al suelo
 Con nueva maravilla y nuevo espanto,
 Dió vida con eternos resplandores
 A mármoles, á bronces, á colores.

Oh más que mortal hombre! Angel divino?
 O cuál te nomaré? No humano cierto
 Es tu ser, que del cerco empíreo vino
 Al estilo y pincel vida y concierto:
 Tú mostraste á los hombres el camino
 Por mil edades escondido, incierto,
 De la reina virtud; á tí se debe
 Honra que en cierto dia el Sol renueve.

Murmurando estos versos fui á dar con la calle de Juan de Mena, el Ennio español, como lo llaman sus compatriotas, autor de un poema fantasmagórico intitulado el *Laberinto*, imitacion de la *Divina Comedia*, de gran fama en sus tiempos, y no privado verdaderamente de alguna página de poesía inspirada y profunda; pero en el conjunto hinchado de pedantesco misticismo, y frio. Don Juan II, rey de Castilla, andaba perdido el seso por este *Laberinto*, lo tenia junto al misal en su gabinete, y lo llevaba consigo á la caza; pero ved qué antojo de rey: el poema no tenia más que trescientas estrofas, y á D. Juan II le parecian pocas. ¿Sabeis por qué razon? Por la razon de que el año tiene trescientos sesenta y cinco dias, y creia él que cuantos son los dias del año tantas debieran ser las estrofas del poema; de suerte que rogó al poeta que compusiera otras sesenta y cinco, y el poeta le obedeció, gustosísimo ¡el adúlador! de que se le brindara pretexto para adular todavía;

aunque le hubiera adulado ya hasta el punto de suplicarle que corrigiera sus versos. De la calle de Juan de Mena pasé á la calle de Góngora, el Marini de España, no ménos grande por el ingenio; pero acaso tambien más corruptor de su literatura que lo fué de la nuestra Marini, puesto que maleó, estropeó y bastardeó de mil maneras aún la propia lengua: lo que agudamente pone en ridículo Lope de Vega, cuando finge que un poeta gongorino pregunta á su interlocutor:

—«Entiendes, Fábio, lo que voy diciendo?
—Vaya si lo entiendo!—Mientes, Fábio,
Que yo soy quien lo digo y no lo entiendo...»

No se salvó, sin embargo, del contagio del gongorismo el propio Lope de Vega, quien tuvo ánimo para escribir que el Tasso no era más que la aurora del sol de Marini; ni se salvó Calderon, ni los otros más eminentes. Pero basta de poesía, para no salir de callejeo.

Después de la siesta fui á buscar á mis dos compañeros, los cuales me condujeron á los arrabales de la ciudad, donde ví por primera vez mujeres y hombres de tipo verdaderamente andaluz, tal como yo me lo figuraba, con ojos y colores y actitudes de árabes; y oí por primera vez tambien el hablar propio del pueblo de Andalucía, más muelle y más sonoro que en las Castillas, y aún más alegre y más rico en imágenes, y acompañado de un gesticular más vivo. Pregunté á mis compañeros si era verdad lo que suele decirse de Andalucía: esto es, que

con la pubertad precoz son precoces los vicios, y voluptuosas las costumbres, y los amores desenfrenados.

—Harto verdadero — respondieron; — demasiado verdadero.

Y de aquí explicaciones, descripciones y cuentos que tengo en la pluma. Volvimos á la ciudad y me llevaron á un magnífico casino con jardines y salones espléndidos, en uno de los cuales, el más vasto y el más rico, adornado de retratos de todos los cordobeses ilustres, se alza una especie de palco escénico al que suben los poetas para leer sus poesías las noches solemnes destinadas á público certamen de ingénios, y donde los vencedores reciben una corona de laurel de mano de las más hermosas y escogidas doncellas de la ciudad, sentadas en un semicírculo de sillas que se enlazan con guirnaldas de rosas. Por la noche tuve el placer de conocer á varios jóvenes cordobeses ardientemente afectos, como se dice en español cerrado, al cultivo de las musas, francos, corteses, vivacísimos, con un fárrago de versos en la cabeza, y enharinados de literatura italiana; así que, figuráos: desde el oscurecer hasta media noche, por aquellas misteriosas callejuelas que me habian mareado la tarde ántes, hubo un continuo y clamoroso cambio de sonetos, himnos y baladas de ambas lenguas, de Petrarca á Prati y de Cervantes á Zorrilla; y una alegrísima conversacion cerrada y sellada por muchos cordiales apretones de manos, y por calurosas promesas de escribirnos, mandarnos libros, venir ellos á Italia, volver yo á

España, etc., etc.; no más que palabras, como siempre; pero palabras no ménos gratas por esto.

A la mañana siguiente partí para Sevilla. En la estacion ví á Frascuelo, Lagartijo, el Cuco y toda la cuadrilla de toreros de Madrid, los cuales me saludaron con una benévola mirada de proteccion. Me eché en un coche lleno de polvo; y cuando el tren se puso en marcha, y Córdoba apareció á mis ojos por última vez, la saludé con los versos del poeta árabe, un poco demasiado sensuales, si se quiere, para el gusto de un europeo; pero al fin del cuento, apropiados á la ocasion.

«Adios, Córdoba! Para vivir siempre entre tus muros quisiera alcanzar vida más larga que la vida de Noé. Quisiera tener los tesoros de Faraon para gastarlos en vino y en hermosas cordobesas, las de los ojos suaves que convidan á los besos.»

IX.

SEVILLA.

Camino de la ciudad.—Hornachuelos; Palma; la Rinconada.—Las casas de campo; los labriegos; sus trajes.—Lo que son y lo que recuerdan las calles de Sevilla.—La Torre del Oro.—Los jardines de Montpensier.—El barrio de Triana.—La Catedral y sus riquezas; la *Danza de los Seises*; el sepulcro de Fernando Colon; el patio de los Naranjos; la Giralda; la Biblioteca Colombina.—El Alcázar; asesinato de D. Fadrique; recuerdos árabes; jardines.—Un paseo nocturno; las sevillanas.—En la Fábrica de Tabacos.—El Museo de Pintura; cuadros de Murillo.—«Numero quindici, á mano manca.»—Mi amigo Segovia.—La casa de Pilatos.—Vida y obras de *Fernan-Caballero*.—Lo que era y lo que es Sevilla; el pueblo; las costumbres.

El camino de Córdoba á Sevilla no despierta en el viajero el mismo encanto que el de Toledo á Córdoba; pero es bello sin embargo, y ofrece como éste aquellos bosquecillos de naranjos, aquellos olivares sin límites, aquellos oteros vestidos de pámpanos, aquellos prados cubiertos de flores. A poca distancia de Córdoba se ven las torres en ruinas del formidable castillo de Almodóvar, puesto sobre una roca altísima que domina á la redonda inmenso espacio; en Hornachuelos, otro viejo castillo sobre la cúspide de una colina, en medio de un paisaje solitario y

melancólico; más allá la blanca ciudad de Palma, escondida en un espesísimo bosque de naranjos, y éste ceñido á su vez por una corona de huertos y jardines: conforme se adelanta se atraviesa por entre campos de grano flanqueados de larguísimas cercas de higueras de la India, filas de pequeñas palmas, bosquecillos de pinos y espesas plantaciones de árboles frutales; y á cada paso se ven otros y castillos y torrentes, y esbeltos campanarios de aldeas ocultas entre los árboles, y cimas azuladas de lejanos montes.

Son lindas sobre todo las pequeñas casas campes-
tres esparcidas á lo largo del camino. No recuerdo haber visto una que no fuera blanca como la nieve. Es blanca la casa, blanco el brocal del pozo cercano, blanca la tapia que ciñe el huerto, blancos los dos pilares de la puerta del jardín: todo parece blanqueado el día ántes. Algunas de estas casas tienen una ó dos ventanillas á la morisca; otras algun arabesco sobre la puerta; otras el techo cubierto de tejas repintadas, como las casas árabes. Aquí y allá, por los campos, se ven sombreros de veludo en medio de la yerba y fajas de todos colores. Los campesinos que andan en el trabajo ó que acuden á ver pasar el tren, están vestidos tal como nos los representan los cuadros de costumbres de hace cuarenta años: tienen sombrero de veludo con ala grandísima, un poco vuelta hácia arriba, y copa pequeña de forma cónica; chaquetilla corta, chaleco abierto, pantalones cortados por la rodilla como los de nuestros sacerdotes, un par de botines altos hasta

tocar los pantalones, y faja en torno de la cintura. Esta manera de vestir, incómoda pero bella, se adapta perfectamente á las formas esbeltas de aquellos hombres, los cuales prefieren demasiado el estar hermosamente mal al estar bien sin gracia, y de buen grado se acomodan á perder media hora cada mañana, con tal de llevar encima un par de calzones que pongan de relieve la cadera esbelta y la pierna bien torneada. No tienen nada de comun con nuestros campesinos del septentrion, de rostro duro y ojos atónitos. Aquellos fijan sobre vosotros sus grandes ojos negros como si quisieran decir:—No me reconocéis?—Lanzan miradas audaces á las señoras que se asoman por el ventanillo; corren á ofreceros un fósforo antes de que se lo hayais pedido; alguna vez responden en verso á una interrogacion vuestra, y hasta son capaces de reir para enseñaros sus blancos dientes.

En la Rinconada se comienza á ver en derechura del camino de hierro el campanario de la Catedral de Sevilla; y á la derecha, del otro lado del Guadalquivir, las hermosas colinas cubiertas de olivos, á cuyos piés yacen las ruinas de Itálica. El tren volaba, y yo hablaba en mi interior á media voz apresurando las palabras á medida que menudeaban las casas, con aquella impaciencia llena de deseos y de alegrías que se experimenta subiendo las escaleras de la casa de una mujer amada. Sevilla! Sevilla está allí! La reina de Andalucia, la Atenas española, la madre de Murillo, la ciudad de los poetas y de los amores, la famosa Sevilla cuyo nombre pro-

nunciaba desde niño con un sentimiento de dulce simpatía! Quién, hace algunos años, me hubiera dicho que habia de verla! Y sin embargo, no es un sueño. Aquellas casas son ciertamente de Sevilla; aquellos campesinos que miro allí abajo son sevillanos; aquel campanario que he visto, es la Giralda. Yo en Sevilla? Es extraño! Me dan ganas de reir. Qué hará mi madre en este momento? Si estuviese aquí! Si estuviese aquí Fulano! Si estuviese aquí Mengano! Qué lastima encontrarse solo! He ahí las casas blancas, los jardines, las callejuelas... estamos en la ciudad... ahora se baja... ah! cuán hermosa es la vida!...

Llegué á una fonda, tiré la maleta en el patio y comencé á andar por la ciudad. Me parece ver á Córdoba engrandecida, herloseada y más rica; las calles son más anchas, las casas más altas, los patios más espaciosos; pero el aspecto general de la ciudad es el mismo: aquella blancura purísima, aquella red inestricable de callecillas, aquel aroma de azahar, aquel aire gentil de misterio, aquella apariencia oriental que enciende en el corazon un sentimiento de amorosa melancolía, y las mil fantasías y deseos y visiones de un mundo lejano, de una vida nueva, de una gente desconocida, de un paraiso terrestre lleno de amores, de delicias y de paz. En aquellas calles se lee la historia de la ciudad: cada balcon, cada fragmento de escultura, cada enrucijada solitaria, recuerdan la aventura nocturna de un rey, las inspiraciones de un poeta, un amor, un duelo, un rapto, una fábula, una fiesta. Aquí hay una memoria

de María de Padilla; allí de D. Pedro; más allá de Cervantes; en otra parte de Colon, de Santa Teresa, de Velazquez, de Murillo. Una columna recuerda la dominacion romana; una torre el esplendor de la monarquía de Cárlos V; un alcázar la magnificencia de la corte de los árabes. Junto á las modestas casitas blancas, se alzan los suntuosos palacios marmóreos; las pequeñas calles tortuosas desembocan en anchas plazas pobladas de naranjos; de la encrucijada desierta y silenciosa, con un breve rodeo se sale á la calle atravesada por bulliciosa muchedumbre; y por donde quiera que se pasa, se ven á través de los graciosos cancelos de los patios flores, estatuas, fuentes, muros cubiertos de arabescos, ventanillas árabes, sutiles columnas de mármoles preciosos; y en cada ventana, y en cada jardin, mujeres vestidas de blanco, medio escondidas como tímidas ninfas entre hojas de pámpanos y macetas de rosas.

De calle en calle llegué á la orilla del Guadalquivir y á las alamedas del paseo de Cristina, que es para Sevilla lo que para Florencia el Lungarno. Allí se goza de un espectáculo encantador.

Me asomé primero á la famosa torre del Oro. Esta famosa torre, llamada del Oro, bien porque se encerrase en ella el que las naves españolas traian de América, bien porque el rey D. Pedro ocultara allí sus tesoros, es de forma octagonal, compuesta de tres pisos, coronada de almenas y bañada por el rio. La tradicion narra que fué construida en tiempo de los romanos, y que la habitó largo tiempo la hermosísima favorita de aquel rey, cuando la

torre estaba unida al Alcázar por un edificio que fué demolido para dejar sitio al paseo de Cristina.

Este paseo se extiende desde el palacio del duque de Montpensier hasta la torre del Oro, y está todo sombreado por plátanos de Oriente, encinas, cipreses, sáuces y otros árboles del septentrion, que los andaluces admiran como admiraríamos nosotros las palmas y laureles en las campiñas del Piamonte y de la Lombardía. Un gran puente atraviesa el rio y conduce al barrio de Triana, cuyas primeras casas se ven sobre la orilla opuesta. Larga fila de buques, goletas y barcas se extiende sobre el rio, y entre la torre del Oro y el palacio del Duque hay un movimiento incesante de lanchas. Estaba para caer el sol. Una multitud de señoras hormigueaba por las alamedas, y grupos de obreros pasaban el puente; hervia el trabajo en los vapores; tocaba una banda musical escondida entre los árboles; el rio estaba color de rosa, el aire embalsamado de flores, y el cielo parecia de fuego.

Volví á la ciudad y gocé del maravilloso espectáculo de Sevilla nocturna. Los patios de todas las casas estaban iluminados: los de las casas modestas, alumbrados por una media luz que embellecia su gracia con las apariencias del misterio; los de los palacios, llenos de candelabros que hacian fulgurar espejos y chispear como chorros de estaño los surtidores de las fuentes, los mármoles de los vestibulos, los mosaicos de las paredes y las vidrieras de las puertas. Veíase dentro un hormiguero de señoras; se oia por todas partes rumor de risas, de voces y de

músicas; parecía que pasase uno por en medio de otros tantos salones de baile; de cada puerta salía una oleada de luz, fragancias y armonías; las calles estaban llenas de gente; entre los árboles de las plazas, bajo los átrios, en el fondo de los callejones, sobre las azoteas, por todas partes, se veían faldas blancas moverse, aparecer y desaparecer en la sombra, y cabezas adornadas de flores asomarse á las ventanas, y grupos de jóvenes atravesar la multitud lanzando alegres gritos, y gentes saludarse y hablarse de las ventanas á la calle; y por donde quiera un movimiento presuroso, un griterío, una risa, un júbilo carnalescos. Sevilla no era más que un inmenso jardín, por el cual vagaba un pueblo lleno de juventud y de amor.

Para un extranjero son aquellos momentos demasiado tristes. Recuerdo que hubiera dado de buena gana con la cabeza en la pared. Andaba de aquí allá, medio aturdido, con la cabeza baja y el corazón oprimido, como si toda aquella gente se divirtiese con objeto de insultar mi soledad y mi tristeza. Era demasiado tarde para presentar las cartas de recomendación, y demasiado pronto para irse á dormir: me veía esclavo de aquella multitud y de aquella alegría, y tuve que sufrirlas por muchas horas. Experimenté algún consuelo esforzándome por no mirar la cara á las mujeres, pero no lo conseguía siempre; y cuando mis ojos se encontraban por acaso con dos pupilas negras, el pesar era más acerbo, justamente por ser más imprevisto que si hubiera desafiado el peligro con el corazón resuelto. Estaba en

medio de aquellas sevillanas tremendamente famosas. Las veía pasar cogidas del brazo de sus maridos y de sus amantes, tocaba sus vestidos, aspiraba su perfume, oía el sonido de sus muelles palabras, y la sangre se me subía á la cabeza como una oleada de fuego. Afortunadamente, recordé que en Madrid le oí decir á un sevillano que el cónsul de Italia acostumbraba pasar la noche en la tienda de un hijo suyo comerciante; busqué esta tienda, dí con ella, encontré allí al cónsul, y presentándole una carta de un amigo suyo:

—Querido señor,—le dije con un tono dramático que le hizo reír;—socórrame V., Sevilla me mete miedo.

A media noche la ciudad no habia mudado de aspecto: aún toda aquella multitud y toda aquella luz. Volví á la fonda y me encerré en mi habitacion con intento de acostarme. Peor que peor. Las ventanas del cuarto caian sobre una plaza donde hormigucaba gran confusion de gente alrededor de una banda musical que no acababa nunca de tocar; así que cesó la música, comenzaron las guitarras, los gritos de los aguadores, los cantos y las risas; toda la noche fué una bacanal del demonio. Yo dormí con un sueño delicioso y alterado al mismo tiempo, pero más alterado que delicioso.

A la mañana siguiente me fuí á ver la Catedral. Para describir con exactitud este desmesurado edificio, sería preciso tener á la mano una coleccion

de todos los adjetivos más disparatados y de todas las más estrambóticas comparaciones que hayan salido de la pluma de los hiperbolistas de todos los países, cada vez que tuvieron que pintar algo prodigiosamente alto, monstruosamente ancho, espantosamente profundo, increíblemente grandioso. Cuando hablo de ello con los amigos, hago sin advertirlo como el Mirabeau de Victor Hugo *un colossal mouvement d'épaules*, hincho la gola y esfuerzo de grado en grado la voz á semejanza de Tomás Salvini en la tragedia *Sansone*, cuando con un acento que estremece la platea dice que siente cómo le renace en los nervios el vigor. Hablar de la catedral de Sevilla cansa tanto como tocar un gran instrumento de aire ó sostener una conversacion de una á otra orilla de un torrente rumoroso.

La Catedral de Sevilla está aislada en medio de una vastísima plaza; pero no se puede medir con una ojeada su grandeza. Al instante pensé en la frase famosa que profirió el Capítulo de la Iglesia primitiva, cuando decretó en 8 de Julio de 1401 la construcción de la nueva Catedral:—Alcemos un monumento hecho de tal manera, que haga decir á la posteridad que estábamos locos.—Aquellos reverendos canónigos no han faltado á su intento. Mas para conocerlo hay necesidad de entrar. El aspecto exterior de la Catedral es grandioso y magnífico; pero sin comparacion lo es ménos que el interior. Falta la fachada: un alto muro rodea todo el edificio á modo de fortaleza. Por muchas vueltas que uno dé, no consigue fijar en la mente un contorno único que,

como el índice de los libros, suministre un concepto claro del diseño de la obra; se admira y se dice más de una vez que es inmensa; pero no se comprende todavía, y se entra en la iglesia apresuradamente, deseoso de experimentar un sentimiento de asombro más entero.

Quedéme aturdido los primeros instantes, como extraviado en un abismo, describiendo con la vista inmensas curvas por el espacio inmenso; que casi hay necesidad de ello para persuadirse de que los ojos no mienten y la imaginación no engaña. Apagada la impresión primera, se acerca uno á los pilares, los mide, y los compara con otros pilares lejanos: siendo todos ellos gruesos como torres, parecen sin embargo tan sutiles, que el pensamiento duda de la seguridad del edificio. Recórrense con rápida ojeada desde el pavimento á la bóveda, y se nos antoja poder contar los momentos que la vista tarda en subir. Son cinco naves, cada una de las cuales formaría por sí sola una gran iglesia. Por la de en medio podría pasearse otra catedral con su cúpula y su campanario. Componen juntas sesenta y ocho bóvedas atrevidas, que en apariencia van ensanchándose y alzándose lentamente. Todo es enorme en esta catedral. La capilla mayor, puesta en medio de la nave principal, y tan alta que casi toca la bóveda, parece una capilla construida para sacerdotes gigantes á quienes los altares comunes no pasarán de las rodillas; el cirio pascual semeja un palo de barco; el candelabro de bronce que lo soporta, una columna de iglesia; casas los órganos; el coro

un museo de escultura y de cincelado que merece por sí sólo otra visita. Las capillas son dignas del templo, y andan en ellas esparcidas las obras maestras de sesenta y siete escultores y treinta y ocho pintores. Montañés, Zurbarán, Murillo, Valdés, Herrera, Roldan, Roelas, Campaña, han dejado allí mil huellas inmortales de sus manos. La capilla de San Fernando, que guarda los sepuleros de este rey, de su esposa Beatriz, de Alfonso el Sábio, del célebre ministro Floridablanca, y de otros personajes ilustres, es una de las más hermosas y más ricas. El cuerpo del rey Fernando, que rescató Sevilla del poder de los árabes, yace en urna de cristal cubierta de un velo, con su traje de guerra, la corona y el manto. A un lado está la espada que ceñía el día de su entrada en Sevilla; al opuesto el cetro, emblema del imperio. Consérvase en esta misma capilla una pequeña Virgen de marfil que el santo rey llevaba consigo á la guerra, y otras reliquias estimadas. En las capillas restantes hay grandes altares de mármol; tumbas de estilo gótico; estatuas de piedra, madera y plata, encerradas en anchas urnas de cristal, con el pecho y las manos cubiertos de rubíes; cuadros magníficos que la luz escasa no permite admirar en toda su belleza.

Pero de la consideracion de las capillas, cuadros y esculturas, se vuelve sin descanso á contemplar la Catedral en su grandioso y formidable aspecto. Despues de haberse lanzado por aquellas alturas vertiginosas, la vista y la mente caen otra vez en tierra, rendidas casi del esfuerzo, como para tomar